

# Chiametla: una provincia olvidada del siglo XVI\*

Salvador Alvarez\*\*

Durante siglos, las regiones que corresponden a las porciones costeras de los actuales estados de Colima, Jalisco, Nayarit y la parte sur de Sinaloa, se contaron entre las menos pobladas del hoy territorio mexicano. Por ello, y en buena medida por su orografía accidentada y su clima caliente y húmedo, existe la idea de que siempre fueron zonas marginales, con una baja densidad de población, en especial si se les compara con las regiones donde habitaron las grandes civilizaciones mesoamericanas. No deja entonces de sorprender el hecho de que, durante el siglo XVI, justamente esas tierras que van desde la antigua provincia de Purificación hasta Chiametla, se convirtieran en una de las primeras zonas de conquista española después de la caída de la gran capital de los aztecas.

En aquellas costas, al sur y al occidente de la cuenca del Lerma-Santiago, los españoles encontraron numerosas provincias pobladas de indios: Amula, Autlán, Cihuatlán y Purificación, entre otras. Más allá, sobre la costa, en dirección del noroeste, se hallaban las provincias de Xalisco o Tepique, Aztatlán y Chiametla.<sup>1</sup> Esta última corresponde a la actual porción meridional de Sinaloa, desde el río Piaxtla, por el norte, hasta el territorio situado al sur del Baluarte (véase mapa adjunto) donde colindaba con la provincia de Aztatlán. Desde el punto de vista climático y orográfico, esta sección del hoy estado de Sinaloa, en especial desde el río Baluarte, tiene grandes afinidades con la región húmeda del norte de Nayarit. La escarpada costa que se encuentra entre la desembocadura del río Armería y la del Acaponeta, es la parte más lluviosa de toda la fa-

chada occidental; más hacia el norte, las precipitaciones disminuyen y la planicie costera se va haciendo más amplia, la floresta tropical cede el lugar a una larga serie de lagunas formadas por las desembocaduras de los grandes ríos que descienden de la Sierra Madre Occidental; allí el paisaje está dominado por médanos arenosos, manglares y bosque bajo. Justamente la región de las lagunas costeras y su zona serrana colindante, era lo que, en el siglo XVI, los españoles denominaron como Provincia de Chiametla.

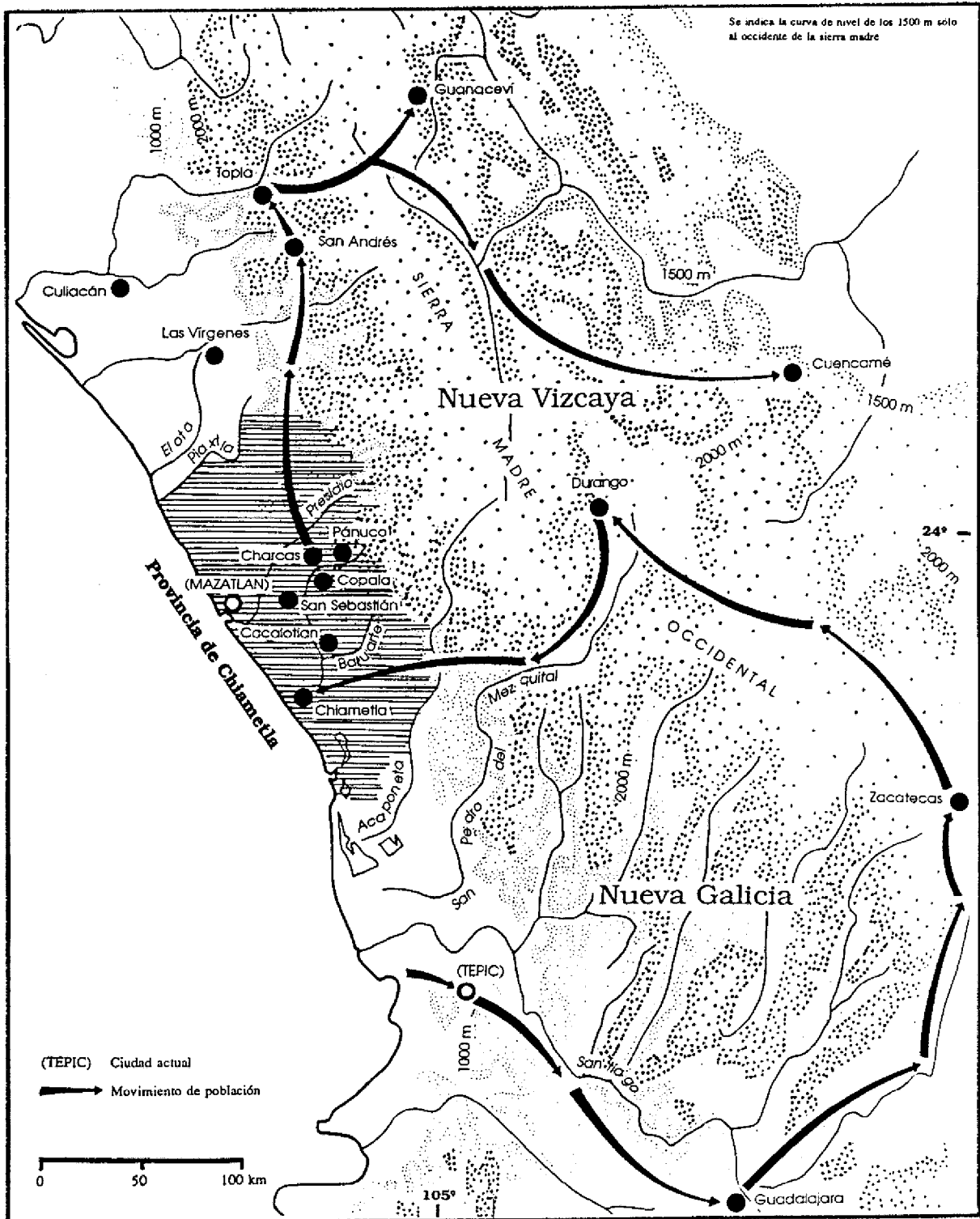
## Las dos conquistas de Chiametla

### *La campaña de los tebles chichimecas*

No se habían terminado de asentar aún los españoles en sus nuevos dominios de la Nueva España, cuando ya Cortés, decidido a encontrar una vía que lo llevara hasta la China, emprendió sus primeras exploraciones hacia la costa de la mar del sur. Sus empeños de los años 1526 y 1527 resultaron en la fundación de Colima, su primer gran bastión sobre las costas occidentales. Dos años después, en 1529, el conquistador logró obtener una capitulación, según la cual la reina le otorgaba el derecho exclusivo de explorar y poblar los nuevos territorios por descubrir en la mar del sur (Vasco de Puga 1945: 36-38). Ante el fracaso de su primera expedición marítima, Cortés decidió explorar en dirección del norte por la vía terrestre. Fue así que huestes españolas alcanzaron por primera vez la provincia de "Xalisco", reivindicando también, al menos de manera formal, el dominio de todas las tierras situadas hacia el norte, incluyendo Chiametla, Culiacán y la llamada *isla California*. Lo que Cortés ignoraba

\* Debo dar gracias a Chantal Cramaussel por la realización del mapa que acompaña a este trabajo.

\*\* Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.



Movimientos de población española (1540-1600).

todavía era que, en el ínterin, otro poderoso capitán, Nuño de Guzmán, pretendía adelantársele y conquistar por su cuenta los territorios que se encontraban al norte de sus dominios de Colima.

Para lograr su propósito, Guzmán reunió en México un ejército de dimensiones más que considerables, para la época y el lugar en que se encontraba. La hueste estaba formada por ciento cincuenta jinetes españoles, acompañados de otros ciento ochenta españoles más a pie, y de ocho mil a doce mil indios amigos de Xochimilco, Huejotzingo y Tlaxcala (Colección de Documentos Inéditos del Archivo de Indias, Información de Cristóbal de Barrios 1529: 363). Andando el camino, la de por sí numerosa y, por lo tanto, destructiva comitiva, se hizo aún más grande; nuevos españoles se fueron uniendo al cortejo conforme llegaban noticias de sus avances por tierras desconocidas. De Michoacán, los soldados de Guzmán se llevaron consigo a numerosos tarascos en calidad de auxiliares, o de esclavos y llegó un momento en que los indios sumaban veinte mil, según versiones de los propios participantes (José López Portillo y Weber 1935: 155). La horda continuó su marcha aplastando a todos los pueblos de indios que encontró a su paso a lo largo de la gran cuenca del Lerma-Santiago, que les sirvió como guía en su peregrinar. Al poco tiempo, Guzmán y los suyos, penetraron por fin en las escarpadas tierras de la provincia de Xalisco, donde fundaron la villa de Compostela, para continuar enseguida sobre Aztatlán, Chiametla, y alcanzar, finalmente, la lejana provincia de Culiacán.

Esta aventura, que a la postre le costaría el destierro a Nuño de Guzmán, marcó un verdadero hito en la historia de la expansión española en el siglo XVI novohispano. No fue por casualidad, en lo absoluto, si dos de los movimientos de exploración y conquista más importantes (si no es que los más importantes) por el número y notoriedad de sus protagonistas, que se dieron en Nueva España durante los primeros años de la colonia, tuvieron como escenario las costas del Pacífico norte. La conquista de aquellas tierras significó la movilización de contingentes enormes. Tanto en las diferentes expediciones de Cortés, como en las de Guzmán, y sobre todo en esta última, ambos capitanes pudieron contar con grupos de varios cientos de españoles que se alistaron con sirvientes, caballos y allegados para seguirlos, hecho que no deja de ser sorprendente en épocas tan tempranas de la colonización española. Pero más sorprendentes aún, resultan los testimonios donde se atestigua cómo las tropas de indios auxi-

liares sumaban varios miles y en ocasiones, hasta decenas de miles de individuos. Los métodos empleados por los españoles para mover semejantes multitudes, son un misterio que necesitaría en todo caso ser elucidado.

Cabe, por otra parte, preguntarse, porqué, después de haber conocido los esplendores de la gran Tenochtitlan y demás ciudades y regiones densamente pobladas que encontraron en el altiplano, los conquistadores desplegaron tan enormes esfuerzos, tan sólo en el empeño de apropiarse de las tierras calientes de las costas del Pacífico norte, tan alejadas de los grandes centros de civilización del altiplano. Un país pobre e inhóspito, como lo llama Navarro García, quien, ante el cuadro desolador que esas regiones presentaban en el siglo XVII, extrañado, se pregunta qué pudo haber habido en lugares como Chiametla, Culiacán o Sinaloa, que pudiese atraer a nuevos pobladores (Luis Navarro García 1967: 12). Una parte de la respuesta está en la búsqueda del famoso pasaje asiático, y en la certeza que campeaba entre los conquistadores de que, en alguna parte del norte, debía existir un reino tan grande y rico como el de México. La otra, nos la proporcionan los propios soldados de la hueste de Nuño de Guzmán, quienes, con motivo de los interrogatorios que se llevaron a cabo durante el juicio del sangriento capitán, dejaron una serie de testimonios de lo que vieron y vivieron en aquellas tierras. Uno de ellos, Cristóbal Flores nos relata que la provincia de Xalisco era:

... de esta mano, la más poblada que se ha visto en la mar océano, y la más abastada de mantenimientos de maíz, ají y pescado, muy abundosa en algodón ... hay muchas tiangues donde contratan ropa de algodón, pescado, frutas y cosas de comer ... (José Luis Razo Zaragoza comp. 1963: 210, Relación de Cristóbal Flores, 1529).

El conjunto de los testimonios del siglo XVI temprano que se conservan para esta región, confirma lo esencial de las afirmaciones de Flores: es decir, la existencia de sociedades relativamente densas, agrupadas en pueblos bien organizados; concedoras de las artes esenciales de la cerámica y la fabricación de textiles de algodón, practicantes de la agricultura, la pesca, la caza y la recolección de diversos frutos. Incluso parece que conocían la orfebrería de oro y plata (José Luis Razo Zaragoza comp. 1963: 137, Relación de Juan de Sámano).

Más allá de Xalisco, en dirección del norte, se encontraba Aztatlán, y continuando en la misma

dirección, el pueblo y provincia de Chiametla sobre el río Baluarte. Aunque menos lluvioso, el territorio de la provincia era de difícil acceso por la costa: había que atravesar numerosas ciénegas y lagunas infestadas de insectos y toda clase de animales; la ya por entonces maltrecha columna de Nuño de Guzmán tuvo que sufrir para llegar hasta allá:

Y luego el dicho capitán se partió para la provincia de Chiametla, con los indios que habían quedado de México, los cuales iban enfermos y maltratados y tardaron en aquellas diez y siete leguas veinte días con mucho trabajo porque por donde iban todo era ciénegas y multitud de mosquitos insoportables ... (José Luis Razo Zaragoza comp. 1963: 261, Relación de Francisco de Arceo).

Pese a lo cual, la provincia, no parecía tampoco estar del todo despoblada:

... todo el camino hasta llegar a Chiametla que arriba digo, es poblado a una parte y a otra de muchas estancias ... este pueblo es muy grande y muy poblado ... (José Luis Razo Zaragoza comp. 1963: 143, Relación de Juan de Sámano).

Esta provincia es muy abundosa en bastimentos y gallinas y mucha infinidad de todos pescados, por tener como tiene muy hermoso río y muy grandes mangles que entran al mar y tiene muchas frutas y algodón ... (José Luis Razo Zaragoza comp. 1963: 300, Primera Relación Anónima).

Chiametla, nos relata Francisco de Arceo, era un pueblo grande y populoso, formado con casas de adobe y techo de terrado, situado a cuatro leguas de la mar del sur. Al parecer, estaba bien abastecido en alimentos: sus habitantes, como los de Xalisco y Aztatlán, sembraban maíz y otros frutos, criaban aves, pescaban y vestían también de algodón:

Y con mucha falta de comida llegaron [los españoles con sus auxiliares] a aquella provincia de Chiametla... pasaron mucho riesgo, según iban los nuestros porque es mucha la población ... y allí les daban cada día treinta gallinas, de aquellas que como se ha dicho en otra parte, cada una es mayor y aún mejor que un pavo de España; y dábanles treinta cargas de pescado fresco, que es cada carga de indios arroba y media de peso, y maíz les daban cuanto era menester para todos. Allí andaban los indios vestidos de algodón y gútaras calzados; las indias traen sus naguas y camisas hasta los pies; no se cargan aquellos indios en las espaldas como

los de la Nueva España, sino con balanzas en un palo, como se dijo que lo acostumbran en la provincia de Cueva o en Castilla de Oro ... (José Luis Razo Zaragoza comp. 1963: 261, Relación de Francisco de Arceo).

En los alrededores, había, según la primera relación anónima, otros veintidós pueblos que pertenecían a la misma provincia de Chiametla (José Luis Razo Zaragoza comp. 1963: 298, Primera Relación Anónima). Aunque en su conjunto, los testimonios recabados en estas relaciones nos hablan de poblados bastante numerosos, nunca sabremos, quizás, que tan populosas pudieron ser estas provincias. En realidad, las únicas cifras que aparecen en estos relatos son las de los cautivos tomados por los cristianos para servirles como esclavos o portadores y, ocasionalmente, las de los muertos que iban quedando al paso de la enorme hueste. De cualquier modo, se habla siempre de centenas y de millares de indios, como es el caso del pueblo de Chiametla, donde los españoles demandan mil portadores para transportar la impedimenta del ejército:

... hizo llamar a los señores y pidióles mil indios para que fuera a atraer al general sus cargas y fardajes del ejército. Y dio aquel pueblo dentro de seis días los mil indios que le pidieron ... (José Luis Razo Zaragoza comp. 1963: 263, Relación de Francisco de Arceo).

Imágenes efímeras, irremplazables, detalles más, detalles menos, esta fuente es casi lo único que tenemos para darnos una idea acerca de la sociedad de Chiametla tal y como pudo haber sido hasta el momento del contacto. El encuentro con los españoles fue brutal; después de muchos cientos de kilómetros de marcha y luchas con los indios, la enorme hueste se encontraba exhausta. De Xalisco, el ejército cristiano partió en dirección de Aztatlán, donde sobre las riberas del río San Pedro, una gran tempestad hizo que éste se desbordara arrastrando todo a su paso. Ya antes, sobre el camino, las epidemias se habían hecho presentes llevándose a indios amigos y enemigos por igual pero, al parecer, los estragos causados por la inundación provocaron que la enfermedad hiciera crisis entre los hombres de Guzmán y se propagara entre los camarcanos a una velocidad asombrosa:

Pasados tres días abajo el agua y su furia tornó el río a su lugar y quedaron los campos en muchas partes llenos de pescados y venados y liebres y otros animales ahogados ... de los indios amigos que eran veinte mil o

más, las tres partes de ellos murieron en el trabajo que es dicho, y por la humedad de la tierra y por el hambre y perderse todos los bastimentos ... (José Luis Razo Zaragoza comp. 1963: 262, Relación de Francisco de Arceo).

... adoleció la gente de los amigos que Nuño de Guzmán llevaba, naturales de México, y muriéndose en muy grande cantidad y asimismo muchos cristianos, y de los naturales de la tierra quedaron pocos, porque como los cristianos les habían quitado los bastimentos y el río vino tan crecido, acabó de mojárselos, entró por los más de los pueblos de ellos, por manera que esta provincia se vino a destruir y despoblar, que no hay ahora ni casa ni señal de ella; y algunos de los indios que aquí quedaron vivos se fueron veinte, treinta leguas a la sierra a vivir y juntar con otros que en ella estaban ... (José Luis Razo Zaragoza comp. 1963: 318, Segunda relación anónima).

Después de la destrucción de Aztatlán la epidemia cunde por todas parte donde la hueste se presenta. Los mil portadores que el grupo de Verdugo tomó de Chiametla estuvieron entre las primeras víctimas. Muchos de ellos huyeron ante la rudeza del trabajo encomendado, pero muchos otros murieron. Guzmán envió entonces a Chiametla a sus indios enfermos, y en corto tiempo, el camino entre Aztatlán y Chiametla se convirtió en un enorme cementerio:

... era cosa de poner grima los enfermos que salían del Real y la manera que iban y a una legua poco más o menos, había dos ciénegas ... y antes de que a ella llegasen había muchos muertos por el camino desde el Real hasta las ciénegas ... y así llegué a la laguna y visto todo lo que tengo dicho ... y así otro día mandó que se recogieran los enfermos y dolientes y los trajeran a la plaza y los daba a quien los quisiera llevar para que los herrasen y los que no quisieron llevarse, quedaron allí, y los mandó a una casa adonde después los vi todos muertos ... que hallamos tantos muertos que en cada sepultura enterramos tres o cuatro y en los pozos que tenían adonde bebían agua, los hallamos muertos que entraban a beber, y se quedaban allí, y del gran hedor no lo pudimos sufrir ... y eran tantos los muertos antes que los indios se fueron, que los andaban enterrando en tres o cuatro partes que los podían enterrar y echábanlos por el río abajo; y como el agua era poca, se quedaban en las orillas y allí los comían las cabras y así se quedó allí cuando Nuño de Guzmán se partió ... (José Luis Razo Zaragoza comp. 1963: 169-170, Relación de Pedro de Carranza).

De este modo, con la pestilencia a cuestas, Guzmán llegó a Chiametla, donde siguieron cayendo los enfermos:

... Llegamos a dicho pueblo de Chiametla, el cual hallamos de paz, que fue arto alivio para los dolientes, aunque por otra vía dañoso que por no los hechar de sus casas contino posar en el campo, adonde con la dolencia y frío dio cámaras a la gente y de aquello murieron muchos ... (José Luis Razo Zaragoza comp. 1963: 299, Primera Relación Anónima).

Durante algún tiempo fueron alimentados y hospedados en el pueblo, pero al corto tiempo, nos cuenta el autor de la primera relación anónima, los anfitriones perdieron la paciencia y decidieron desaparecer de allí y no mantenerlos más. La respuesta fue inmediata; Guzmán partió en busca de los rebeldes, que se habían escondido en los esteros y lagunas, donde los españoles difícilmente los pudieron alcanzar; ante el fracaso, el gobernador ordena entonces reducir a la esclavitud a los capturados, y quemar el pueblo antes de partir:

... y se tomó mucha gente y algunos se mataron y mandó que se les quemasen las casas y así se quemó mucha parte del pueblo principal que es la cabecera ... (José Luis Razo Zaragoza comp. 1963: 300, Segunda relación anónima).

... y luego hicimos una entrada a unos esteros que estaban en la costa del mar porque en ellos se había retraído la gente de esta provincia, los cuales hallamos y no nos pudimos aprovechar de ellos, por la mucha agua que había en aquellos esteros de ellos ... (José Luis Razo Zaragoza comp. 1963: 200, Relación de Cristóbal Flores).

... y en Chiametla cuando se partió Nuño de Guzmán quedaron infinitos indios e indias malos ... y se quedó quemado el pueblo de Chiametla ... (José Luis Razo Zaragoza comp. 1963: 172, Relación de Pedro de Carranza).

Así transcurrió el encuentro en Chiametla; una vez partida la hueste, la provincia se convirtió en tierra de guerra por largos, muy largos años. Y lo mismo sucedió con una gran cantidad de lugares tanto al sur como al norte de Chiametla:

... y de allí topamos buenos pueblos hasta la provincia de Culiacán donde entramos por un pueblo que se dice Colomo y todos los que atrás dejábamos quedaban quemados por la mayor parte ... (José

Luis Razo Zaragoza comp. 1963: 173-174, Relación de Pedro de Carranza).

Es posible que nunca sepamos qué tanto crédito sea preciso atribuirle a estas imágenes dantescas, pero lo que es seguro es que nada volvió a ser igual en Chiametla a partir de entonces. Después de partir de guerra, una parte de los indios de Chiametla volvieron a asentarse en el lugar, y, en 1531, Nuño de Guzmán decidió fundar cerca de allí la Villa del Espíritu Santo. Poco duró esta fundación; en 1535 una gran epidemia (seguida de una violenta rebelión) acabó con la villa, y la región fue abandonada por completo por los españoles. Tan sólo en 1553, Fray Juan de Tapia volvió a recorrer aquellas regiones en busca de almas que convertir, pero sus empeños fueron vanos; no fue sino una década más tarde que los españoles de nuevo intentarían entrar en la vieja provincia.

#### *La segunda conquista de Chiametla*

Leyendas negras o rosadas aparte, los testimonios que han llegado hasta nosotros dan fe de los efectos que esas auténticas avalanchas humanas ejercieron sobre aquellos que debieron sufrir sus embates. La campaña de 1529 de Nuño de Guzmán, fue, por sus dimensiones, uno de los episodios más violentos de que se tenga memoria después de la conquista de Tenochtitlan. Rápida, masiva, y enormemente destructiva, la llamada Conquista de los Tebles Chichimecas, marcó el punto del no retorno para muchas de esas sociedades costeras, que nunca alcanzaron a recuperarse por completo ni de la destrucción, ni de las secuelas epidémicas que dejó como herencia. Nuño el violento partió, acusado por sus enemigos de haber reducido a la esclavitud a los nuevos vasallos del rey y de propiciar con ello el despoblamiento de las costas y haber enemistado para siempre a los chichimecas con los españoles. Con él se fue mucho del recuerdo de los horrores de su conquista, sin embargo, el proceso de despoblamiento que se había iniciado en 1529 siguió su curso y, una década después, prácticamente todas las posesiones españolas en las costas occidentales estaban a punto de desaparecer pues los indios ya no estaban allí. Durante la década de 1530, al sur de la cuenca del Santiago, las viejas provincias de Cihuatlán y Purificación, fueron progresivamente abandonadas por sus encomenderos y la villa de Compostela debió ser relocalizada ante la falta de brazos. Estaba en

curso un desplazamiento completo de la población española, que abandonaba las zonas costeras para ubicarse en las tierras altas; Compostela desaparece entonces como cabecera de la Nueva Galicia, para convertirse en villa minera, y Guadalajara hereda el título de capital provincial después de haber sido cambiada de lugar varias veces antes de asentarse en su lugar definitivo en el valle de Atemajac.

La llegada, por otra parte, del gran ejército encabezado por el virrey Mendoza durante la guerra del Mixtón, en 1540, y el regreso, en 1544, del gobernador Vázquez de Coronado de su periplo en busca de las Siete Ciudades, marcaron, en buena medida, la consolidación del poblamiento español de las tierras altas, en detrimento de las regiones costeras. Se opera entonces una reorganización completa del sistema de encomiendas en la Nueva Galicia; muchas de las antiguas, habiendo quedado vacantes, pasaron a la corona, y otras, sobre todo las de los nuevos pueblos del altiplano, fueron distribuidas entre los principales vecinos por el gobernador Vázquez de Coronado, y su sucesor Cristóbal de Oñate. La reorganización del sistema de encomiendas se convirtió en el soporte del nuevo poblamiento español en el altiplano; ya a mediados de la década de 1540, los principales centros de población española de la Nueva Galicia, como Guadalajara, las minas de Guachinango, y la propia Compostela, en su nuevo emplazamiento, estaban siendo surtidas de mano de obra y alimentos por los pueblos de indios comarcanos. Se abría con esto una nueva época de la expansión española en el norte; las semivacías costas fueron, a partir de entonces, prácticamente abandonadas, y se inició un movimiento de reflujo en dirección de las tierras altas, que culminó, hacia finales de la década de 1540, con la fundación de las famosas minas de Zacatecas. Fue, en efecto, de la Nueva Galicia y de sus pueblos de indios, de donde llegaron tanto los mineros, como los recursos materiales y humanos, que hicieron posible que prosperara y se consolidara el poblamiento de aquella región minera (Salvador Alvarez 1990: 105-137).

Los primeros yacimientos en tierra de los zacatecas fueron descubiertos a finales de 1546, en el curso de una expedición encabezada por un grupo de cuatro poderosos encomenderos y capitanes de la Nueva Galicia: Cristóbal de Oñate, Baltasar Temiño de Bañuelos, Juanes de Tolosa y Diego de Ibarra (Salvador Alvarez 1990: 106-110). Este último, Diego de Ibarra, estaba destinado a ejercer una

influencia definitiva sobre la provincia de Chiametla. Recién llegado a las indias en 1540, Diego se reunió con su hermano Miguel de Ibarra, un antiguo soldado de Nuño de Guzmán, para acompañarlo a la campaña contra los indios caxcanes en la llamada guerra del Mixtón contra los indios. Aunque en uno de los combates, Diego quedó lisiado para siempre de una pierna (Guillermo Porras Muñoz 1968: 51), su hermano Miguel no salió tan mal librado, pues logró ganarse una encomienda en Juchipila. Esta merced le fue, al parecer, retirada en 1540 (Peter Gerhard 1982: 101); pero en compensación Diego pasó a ser corregidor de Nochistlán (AGI, Contaduría 841, 1544-1574: Cuentas de la Caja de Zacatecas). Aunque ubicados en pleno dominio de los chichimecas caxcanes, que tantos problemas habían provocado pocos años atrás, los pueblos de Juchipila y Nochistlán jugarían un papel importante durante los primeros años de Zacatecas (Salvador Alvarez 1990: 119-126). Es posible que, además de sus corregimientos y encomiendas, en ese periodo, los Ibarra recibieran algunas otras dignidades, pues ya para 1547, cuando se descubrieron las minas de Zacatecas, Miguel y Diego se habían convertido en dos de los más prominentes personajes de la provincia. Diego, fue, en realidad, el verdadero fundador de las minas, pues él fue el único que se quedó en el lugar después del descubrimiento de las vetas, asegurando con sus servidores españoles, indios y recursos, su primer poblamiento (Salvador Alvarez 1990: 109). Miguel, de su lado, fue uno de los primeros en participar en la apertura del camino de Guadalajara a Zacatecas, construyendo en 1550 un puente que servía para pasar la barranca del río Santiago (AGI, Contaduría 841, 1544-1574: Cuentas de la Caja de Zacatecas).

Diego adquirió en Zacatecas aún más poder del que disponía en Guadalajara: se convirtió en alcalde mayor de las minas y en uno de sus principales mineros (Guillermo Porras Muñoz 1968: 51). Justo por esas mismas fechas, arribaron a la Nueva España dos personajes que resultarían ser la clave del futuro del clan Ibarra; uno era el nuevo virrey, Luis de Velasco, y el otro un joven paje de éste, Francisco de Ibarra (Guillermo Porras Muñoz 1980: 14), quien un día recibiría el título de conquistador del Reino de la Nueva Vizcaya y provincia de Chiametla. Apenas llegado a la ciudad de México, el virrey llamó a su lado a otro miembro más de la familia, Ortuño de Ibarra, a quien el flamante *alter ego* del rey tenía catalogado como su amigo, y le encomendó enseguida la tarea de partir para España y encargarse de

embarcar a su hija doña Ana de Castilla, en dirección a la Nueva España (AGI, patronato 182, Ramo 13, 1564: Relación de los tenientazgos provistos por el virrey Luis de Velasco. Donde Ortuño de Ibarra aparece catalogado como "amigo del virrey"). Tan cercanos debió sentir el virrey a los Ibarra, que en 1556, casó a su hija recién llegada con Diego de Ibarra, el ya por entonces, magnate de Zacatecas. El virrey prometió a su yerno una dote de diez mil ducados de Castilla, que nunca llegó a entregar, pero a cambio de ello, Diego y, por lo tanto, su sobrino Francisco, recibirían en adelante la más devota protección del gobernante (Guillermo Porras Muñoz 1958: 51).

Más de un cuarto de siglo había transcurrido ya desde la primera vez que Chiametla supo de conquististas. Durante todos esos años, la provincia permaneció como tierra de guerra, visitada tan sólo por los cazadores de esclavos, si bien seguía siendo considerada como una de las provincias más ricas de la mar océano. Aunque Zacatecas había prosperado, y entre sus habitantes se contaban algunos de los más poderosos personajes del virreinato (Salvador Alvarez 1990: 109-114), la exploración de nuevos territorios estaba detenida. Nada se sabía de lo que podía haber más al norte, pero se decía, que continuando por el altiplano, existía una ruta terrestre que llevaba hasta aquel riquísimo reino en cuya persecución había fracasado Coronado. Por esa época, esa tierra maravillosa se llamaba indistintamente Copala, o la Nueva México; y se decía que era tan grande como Tenochtitlan, y que estaba junto a una gran laguna de donde salían cuatro ríos (Chantal Cramaussel 1990: 14-16). En 1554, los Ibarra armaron una pequeña hueste compuesta por gente de sus confianzas, y durante ese año Francisco se dedicó a explorar los territorios alejados en busca de una ruta hacia el reino de Copala. No encontró ni Copala ni la laguna, pero a consecuencias de su periplo se descubrieron las minas de Saín, Aviño, Sombrerete y San Martín; estas últimas, los Ibarra las abrieron y poblaron a su costa y con la gente que habían podido reunir bajo sus órdenes (J. Lloyd Mecham 1927: 58-73). En 1562, los Ibarra le ganaron la partida a los demás y lograron armar un nuevo ejército para lanzarse en busca del norte desconocido. La nueva hueste estaba compuesta por cien españoles bien armados y montados, trescientos caballos, buena cantidad de bastimento, y grupo de indios auxiliares, cuyo número no excedía unos pocos cientos. A tan sólo treinta años de distancia de la gran conquista de Nuño de Guzmán, ya los enormes

ejércitos de aquellos tiempos eran cosa del pasado, y sin embargo, esta pequeña huesta fue bastante más de lo que cualquier otro personaje zacatecano pudo levantar en ese momento.

El punto de partida de las conquistas septentrionales esta vez no fue la costa, sino el altiplano. El ejército de Ibarra se internó entonces en las montañas de la Sierra Madre Occidental y después de varias jornadas infructuosas, encontraron, por fin lo que ellos llamaron el mítico reino de Copala. En realidad lo que habían visto era Topia, un pueblo grande de indios acaxes situado en un barranco del río del mismo nombre, que, salvo su tamaño, no parece haber tenido nada de extraordinario. Diego de Ibarra hizo llegar entonces la noticia del hallazgo a su suegro el virrey, quien de inmediato le extendió a Francisco de Ibarra una especie de pequeña capitulación, autorizándolo a conquistar y poblar todas las tierras situadas al norte de Zacatecas, nombrándolo además Gobernador y Capitán General de todas ellas (Guillermo Porras Muñoz 1980: 14). Ya como gobernador de la recién nacida Nueva Vizcaya, Ibarra regresa a Durango, y durante todo el año siguiente se empeña en consolidar sus conquistas en el altiplano. En 1564, después de fundar varios poblados, se apresta con nuevos efectivos a partir otra vez en busca del gran reino septentrional, pero ahora, pasando por la costa pues su objetivo era la vieja provincia de Chiametla. Desde el momento en que Velasco le otorgó su virtual capitulación, Ibarra había manifestado su deseo de ganar para la corona aquella provincia rebelde. Ya antes que él, otros habían manifestado ese deseo; en 1550 Pedro Morones, oidor de Guadalajara, y Alonso Valiente, capitán y encomendero de la Nueva Galicia, habían solicitado y obtenido del rey una capitulación para pacificar Chiametla y anexarla a la Nueva Galicia; la autorización les llegó en 1557, pero nunca pudieron entrar allá (Guillermo Porras Muñoz 1980: 13 y Peter Gerhard 1982: 95). Llegó por entonces la noticia de que Morones había muerto, de modo que el campo estaba libre para Ibarra. Nuevamente una hueste cristiana se aprestaba a la conquista de la vieja provincia, sólo que esta vez, las cosas no sucederían con tanta rapidez.

De Durango la hueste pasó a Culiacán, y de allí partieron para su campaña en Chiametla. Ibarra tomó posesión de Piaxtla, en nombre del rey, y, ya en la región de las lagunas se asentaron en el pueblo de Chiametla, sin grandes dificultades, por el momento. De allí se dirigieron hacia las montañas y fue en el pueblo de indios de Cacalotlán donde comenzaron

por fin las hostilidades (Atanasio G. Saravia 1978: 145-147). Ibarra aplastó a sus adversarios y tomó trescientos cautivos a los que repartió como esclavos (J. Lloyd Mecham: 145). En esa ocasión la guerra duraría once meses, y fue gracias a los vínculos de su familia, o mejor dicho, a los de su tío Diego, y otro pariente, el virrey, que Ibarra pudo consolidar sus conquistas, proveyéndole del elemento esencial en esos casos: gente. Diego le envió refuerzos desde Topia y San Martín, de donde llegó un grupo que más tarde fundaría las minas de Las Charcas. Al año siguiente, en 1565, envió a uno de sus capitanes, Salvador Ponce, a México en busca de más gente. Ponce no sólo regresó acompañado de los soldados e indios prometidos, sino que llegó con él, un poderoso personaje de la Nueva Galicia, de nombre Hernando de Trejo. Este era un encomendero y hacendado de Jocotlán, cerca del río Santiago, pero su hacienda había sido quemada, por lo que decidió dejarlo todo, para trasladarse con su gente y recursos a la empresa de Chiametla. Con esos refuerzos, por fin la tierra fue pacificada en el transcurso de 1565. Ese mismo año Ibarra decidió fundar la Villa de San Sebastián, que se convertiría en cabecera de la provincia. Aquietada, al menos temporalmente, Chiametla, Ibarra decidió continuar con su búsqueda de la mítica Copala. Un año después, enfermo y cansado, Ibarra decidió regresar a su reciente conquista de Chiametla y sentar sus reales en ella. En 1567, Ibarra recibió finalmente una cédula del marqués de Falces, otorgándole el pleno dominio de la provincia de Chiametla, y declarando caducos los derechos adquiridos por el difunto Morones. Al año siguiente Ibarra hizo fundar las minas de Copala, Pánuco; instaló entonces él mismo tres haciendas de minas, una en el pueblo de San Sebastián, otra en el real de Pánuco, y una más en Copala bautizado así en recuerdo de su nunca alcanzado sueño de conquistar aquel reino maravilloso. Allí se refugió el conquistador por el resto de sus días.

### **Indios, minas y encomiendas en Chiametla**

#### *La formación de una sociedad minera*

A casi cuarenta años de que Nuño de Guzmán emprendiera la primera conquista de Chiametla, muchas cosas habían cambiado en las Indias. Aquella era ya otra época, ya no existía más aquel populoso vecindario que conoció Nuño de Guzmán, capaz de proveer mil indios en unos cuantos días a los

conquistadores (si hemos de creer en las crónicas). Sin embargo, todo hace suponer que las heridas dejadas por la gran destrucción de 1529 habían comenzado a cicatrizar, y la población autóctona de la provincia se había recuperado hasta cierto punto. Pero el paisaje de la provincia seguía siendo difícil y hasta hostil para los españoles. Como en las tierras bajas estaban aquellas lagunas infestadas de animales, los recién llegados optaron por fundar sus nuevos poblados en los fragosos contrafuertes de la Sierra Madre: San Sebastián, Charcas, Copala, Pánuco y Cacalotlán. La adaptación de los cultivos y animales europeos parece haber sido larga y difícil en aquella calurosa y relativamente seca montaña (allí las lluvias sólo alcanzan los 1 000 mm anuales, contra casi el doble en Nayarit):

Padecen [los españoles] mucha necesidad de vestidos y vino, porque en aquella provincia si no es maíz, calabazas y pescado, no tienen otra cosa para el sustento humano ni hay donde lo hacer ... (AGI, Guadalajara 28, Durango, 8 Noviembre 1592: Rodrigo de Losa a SM, en: Luis Navarro García 1967: 12).

Como confirmando lo anterior, en 1602, el obispo Mota y Escobar se refería a la vecina región de Cuiliacán en estos términos:

... no hay en esta provincia ni se dan ganados mayores ni menores de ovejas por el gran calor de la tierra ... el pan que comúnmente comen los españoles es tortilla de maíz, porque el trigo no se da en muchas leguas alrededor por el temple tan cálido ... (Alonso de la Mota y Escobar 1602: 49).

Además de la muy rica pesca de río, mar y estero, cuya fama se difundiría por toda la Nueva España, los indios de la costa, sembraban y recolectaban una buena variedad de frutos de origen tropical, pero pocos cuyo cultivo y aprovechamiento les fuera familiar a los españoles del siglo XVI (Alonso de la Mota y Escobar 1602: 44). Es muy probable que los recién llegados hayan hecho sementeras de trigo, e intentado criar, incluso con algún éxito, caballos, ovinos y vacunos; con el tiempo también, diferentes comerciantes comenzaron a llegar hasta la provincia transportando ropa, objetos de metal, harina de trigo, tasajo, y otros productos, pero, con todo y ello, lo esencial de la alimentación cotidiana de los españoles, provenía directamente de los indios. Y lo que no era menos importante, muy pronto, aquellas montañas mostraron ser ricas en minerales de plata, los

aborígenes se hicieron aún más necesarios como mano de obra tanto en las minas, como en el transporte de todo tipo de bienes. Quien tuviese acceso a los indios, es decir, a las encomiendas, tendría a su alcance todo lo demás.

En Chiametla, la distribución de encomiendas era competencia exclusiva del gobernador, quien, como conquistador que era, detentaba grandes poderes. Los privilegios anexos a su título de gobernador y capitán general del reino de la Nueva Vizcaya y provincias de Chiametla, Copala y Maloya, incluían, además de los gobiernos político y militar, facultades para normar repartimientos, conceder encomiendas y mercedes de tierra, proveer cargos civiles y hasta beneficios eclesiásticos: sin todos esos poderes, Ibarra nunca hubiera podido consolidar su conquista. En aquellas lejanas tierras, el único medio de conservar la paz era la fuerza; y esto significaba no sólo contener a los indios, sino mantener quietos a los propios soldados españoles, cosa no menos importante. Tan pronto como en 1565, cuando Ibarra se encontraba en busca de la mítica Copala, surgió el primer motín de la soldadesca que reclamaba el premio a sus esfuerzos. Prudente antes de partir, Ibarra había nombrado como teniente de gobernador a Hernando de Trejo, y entregado el mando de sus propias tropas a Antonio Sotelo de Betanzos, uno de sus más fieles capitanes. El conflicto se inició debido a que el gobernador había prohibido abrir minas antes de su regreso, pues los indios no estaban del todo pacificados. Inconforme, uno de los soldados arrebató la vara de justicia al teniente y arengó al resto a amotinarse. A golpes, Sotelo de Betanzos derribó y puso preso al rebelde; al intentar resistir el resto de los amotinados fueron de inmediato sometidos por la gente de Betanzos y de Trejo. Baltasar de Obregón, única fuente de que disponemos para los primeros años de Chiametla bajo Francisco de Ibarra, en su adornado estilo nos describe la actitud de Betanzos en ese trance:

El maese de campo andaba recatado y de ordinario armado de día y de noche, y habiéndolo oído [el motín] se levantó con gran coraje y con un montante en las dos manos, salió dando a voces: ármense los servidores de su Majestad y adviertan que el que se me desmandare y no me obedeciere lo ahorcaré o lo azotaré ... (Baltasar de Obregón 1584: 126).

Este episodio, en apariencia anecdótico, de alguna manera nos devela el verdadero papel que desempeñaba el poder militar en estas tierras de indios,

alejadas de todo, y de conquista reciente. Tal y como sucedía siempre en casos semejantes, la soldadesca actuaba según de qué lado estuvieran sus lealtades. Había allí gente de Ibarra, gente de Trejo (quien dijo haber gastado cinco mil pesos en reclutarlos y sostenerlos) y soldados de ocasión, incorporados muchas veces tan sólo a cambio de comida y la esperanza de valer más, como en el caso de los soldados reclutados por Salvador Ponce:

... llegó el capitán Salvador Ponce con la gente que recogió en las ciudades de México y Guadalajara la cual fue en poca cantidad, porque no se les daba sueldo armas ni más socorro que de comer ... (Baltasar de Obregón 1584: 114).

Fue así que una de las primeras medidas de Ibarra para terminar de pacificar y organizar la vida de su nueva gobernación, fue distribuir tierras y encomiendas entre sus capitanes y mejores soldados, y conceder cargos de justicia:

... fundó el gobernador la villa de Chiametla a la cual nombró por abogado a San Sebastián porque fue fundada en su día. Eligió alcaldes y regidores, repartió los pueblos, tierras, huertas y solares a cada uno conforme a su calidad, servicio y mérito ... (Baltasar de Obregón 1584: 119).<sup>2</sup>

Durante los siguientes años, y sobre todo, a partir de la década de 1570,<sup>3</sup> la provincia poco a poco se fue apaciguando, las minas se hicieron cada día más productivas, su fama se difundió y la población española comenzó a crecer: Chiametla se convirtió en el centro de una auténtica bonanza minera. Sin embargo, ello no significaba que el poder de los hombres de armas se estuviera diluyendo, antes al contrario: cada uno se aseguró de ocupar su propio espacio. Ibarra, el conquistador, se asentó en sus haciendas de minas de Copala, Pánuco y San Sebastián, donde hizo construir molinos y haciendas de beneficio. Siempre al pendiente de su sobrino, Diego de Ibarra le envió 60 hombres para abrir el camino de Durango a Chiametla (AGI, Guadalajara 28, 1580: Informaciones de méritos de Diego de Ibarra). Mientras tanto, Hernando de Trejo el segundo en importancia durante la Conquista, tomó en encomienda los pueblos de San Bartolomé y San Pablo Cobasca, y se enseñoreó de las minas de Charcas. Con el tiempo, algunos de los hombres de confianza de los dos jefes principales se convirtieron ellos mismos en dueños de haciendas, mientras que muchos

otros permanecerían al lado de sus jefes largos años. Como solía suceder en aquellas épocas en los lugares de bonanza minera, pronto se gestó una auténtica corriente de inmigración hacia la provincia, proveniente, sobre todo, de las regiones aledañas: Zacatecas, Nueva Galicia y Culiacán, sin descontar, desde luego a la Nueva Vizcaya propiamente dicha.<sup>4</sup> Pero fue una inmigración que adoptó formas muy particulares. La provincia seguía siendo una tierra áspera y aislada, mitad lagunas y mitad tierras secas y montaña, poblada de indios proclives a la guerra. No cualquiera podía instalarse en ella; esta nueva inmigración continuó en realidad, con los moldes de la conquista de la década anterior: estaba compuesta no por individuos aislados, sino por grupos, asociados casi siempre a gente de armas de la frontera. Muchos de los que llegaron en esos años resultaron ser o viejos colaboradores de los Ibarra de Durango y Zacatecas, o capitanes de guerra de la Nueva Galicia y de Culiacán.

La década de 1570 en Chiametla, fue la de la consolidación de las grandes haciendas de minas y de beneficio; para principios de la década siguiente, las cuentas de las haciendas de minas, muestran con claridad, cómo, en cada uno de los cinco pueblos de españoles que conformaban la provincia (San Sebastián, Copala, Pánuco, Charcas y Cacalotlán), dominan unas pocas haciendas grandes, a las que concurren la totalidad de los mineros para obtener mercurio o registrar su plata. Una categoría intermedia de mineros, son aquellos que, perteneciendo a una hacienda grande, controlan, a su vez, a su propio grupo de mineros, tienen cuentas con ellos, les distribuyen mercurio y registran su plata. La tercera categoría, la conforman los pequeños mineros que permanecen ligados siempre a algún minero de las categorías anteriores. Si hacemos un recuento de los principales hacendados de cada localidad, tendremos lo siguiente:

SAN SEBASTIAN: tenemos primeramente una de las dos haciendas de Francisco de Ibarra que se encuentran registradas en nuestra fuente. Otra hacienda importante, es la de Ana Romo, encomendera de Durango, quien está catalogada como primera pobladora de aquella villa, lo cual indica, probablemente que era viuda de algún primer poblador (José Ignacio Gallegos 1982: 119). El tercer minero importante de San Sebastián es Esteban Martín, un antiguo expedicionario de Coronado (Charles Hackett 1923: 48), también llamado Esteban Martínez, quien se asoció con Francisco Rodríguez, encomendero

de Nueva Galicia y mercader para fundar su propia hacienda. Fuera de ellos tres, se encuentran otros mineros menores, que trabajan para las haciendas de los ya citados; entre ellos vale la pena citar a Pedro de Torres Arce, viejo soldado de Ibarra, fundador de San Sebastián (AGI, patronato 70, Ramos 6, 1570: Informaciones de Méritos de Salvador Ponce, testimonio de Pedro de Torres Arce) quien trabajaba para Ibarra, pero tenía sus propias cuentas con mineros menores. Otro caso semejante es el de Pedro de Montoya.

**COPALA:** la única hacienda de importancia aquí es la de Francisco de Ibarra; fuera de ella, sólo hay algunos mineros medianos, soldados antiguos del conquistador casi todos ellos, que trabajaban para la hacienda con su propia gente, como Gonzalo Martínez de Lerma, secretario de Ibarra (AGI, Guadalajara 35, 1575: Testamento de Francisco de Ibarra); Sebastián de Quiroz, primer poblador de Chiametla y encomendero (John Lloyd Mechem 1927: 145), y su pariente, Juan Bernardo de Quiroz, persona muy ligada a los Ibarra, quien además llegó a ser teniente de tesorero.

**CHARCAS:** caso semejante al de Copala, en Charcas, domina por completo el poderoso Hernando de Trejo, quien recurrió a Luis de los Ríos, minero de Zacatecas y encomendero de Xalpa, en Nueva Galicia, para convertirlo en su socio en la hacienda. Fuera de ellos dos, sólo había mineros que trabajaban con su propia gente para la hacienda grande y que son: Juan Pérez Domicá, mayordomo de la hacienda de Trejo y Juan López Quijada, un capitán de guerra de Sinaloa, que terminó instalándose con Trejo. Cabe mencionar que en Charcas encontramos, además de López Quijada, algunos otros mineros provenientes de Culiacán, como Agustín de Olivas y Andrés de Canizares, quienes llegarían a ser mineros y soldados importantes años más tarde en Topia y San Andrés.

**PANUCO:** nuevamente un pueblo de una sola hacienda, la de Juan de Heredia y su mujer, Beatriz de Angulo (Atanasio G. Saravia 1985: 118), encomenderos y hacendados de La Sauceda y San Juan del Río. Heredia había sido además factor de la Real Hacienda (José Ignacio Gallegos 1982: 62); era muy cercano a Diego de Ibarra.

**CACALOTLAN:** es éste quizás el caso más interesante de todos. Las minas de Cacalotlán fueron las pri-

meras en poblarse, y parecen haber sido de las más ricas, dado que fueron muy concurridas. Aquí tenemos a Alonso Rodríguez Parra, un viejo soldado de Coronado, quien, acompañado de su hermano Juan Rodríguez Parra, llegó probablemente hacia finales de la década de 1570, para reunirse con sus hijos Alonso Rodríguez Calvo y Juan Rodríguez Parra. Estos, a su vez, habían sido soldados de Ibarra durante la Conquista (Charles Hackett 1923: 48; AGI, Indiferente General 416: 1579, Solicitud de merced de Juan Rodríguez Parra). Al parecer, el clan de los Rodríguez se instaló primero en la hacienda de Hernando de Trejo, pero ya para principios de la década de 1580, eran dueños de la hacienda de minas más grande de Cacalotlán: eran, pues, gente muy cercana a Ibarra. De hecho, los Ibarra tenían una gran influencia en Cacalotlán, casi todos los mineros de estas minas habían tenido vínculos directos con el conquistador. Un ejemplo es el de Bernardo de Balbuena, un antiguo minero de Zacatecas, encomendero y alcalde mayor de San Martín, quien al parecer tenía su propia hacienda en colaboración con los Rodríguez Parra y contaba entre sus mineros con gente de Ibarra y Ana Romo, como Alonso Portillo ex minero de Ana Romo, Juan Bernardo Quiroz, ya citado, quien era al mismo tiempo minero en Copala, y Francisco Rodríguez Bayón, ex minero de Ibarra igualmente. Otro minero importante era Amador López, antiguo soldado de Ibarra durante la Conquista (Atanasio G. Saravia 1978, 134 y John Lloyd Mechem 1927: 129) quien tenía una hacienda en Las Vírgenes de Culiacán, y se había establecido en Cacalotlán. Había también mineros menores muy cercanos a los Ibarra, como Juan Bautista, antiguo criado de Ortuño de Ibarra (AGI, Patronato 182, Ramo 13, 1564: Relación de los Tenientazgos provistos por el virrey Luis de Velasco), y dos primeros pobladores y encomenderos de la provincia: Gaspar de Abomucha y Gaspar de Figueroa (AGI, Guadalajara 35, 1575: Testamentaria de Francisco de Ibarra, testimonios de Gaspar de Figueroa y Gaspar de Abomucha), entre otros.

Todos estos hacendados son ejemplos de personajes que llegaron con sus propios hombres y recursos a Chiametla varios años después de la Conquista, y que contribuyeron a concluir la pacificación: de entre ellos, el grupo más numeroso y fuerte, siempre fue el de los que llegaron con Ibarra: era, en suma, una sociedad dominada por los hombres de armas. El predominio del grupo de los conquistadores, más que a la influencia personal del

conquistador, se debía en realidad a que sus haciendas habían tenido más tiempo para crecer y fortalecerse: la variable crítica, la verdadera fuente de riqueza y poder, era pues el recurso de los hombres; y este recurso era el más buscado. Este es un fenómeno típico de las sociedades de frontera de finales del siglo XVI (Chantal Cramaussel 1990: 33-50). Si en la época de Nuño de Guzmán, su aplastante superioridad en número hizo a los ejércitos cristianos virtualmente invulnerables a los ataques de los indios, durante las épocas tardías del siglo, las cosas fueron muy diferentes. En lugares como Chiametla, la paz dependía por entero de que existiera un número suficiente de gente, de hombres de armas, como para garantizar el control de la mano de obra local: mientras los indios estuvieran en paz, y asistiendo a sus labores, la provincia podría prosperar. Y así fue, en efecto, durante toda la década de 1570, Chiametla vivió en relativa calma y todo indica que su población fue en constante aumento.

Pero a Francisco de Ibarra, ya no le tocó ver las mejores épocas de su provincia; el conquistador nunca se recuperó de los achaques que le dejó su aventura con Copala y la Nueva México, y pasó los últimos años de su vida recluido en su hacienda de Pánuco, en donde murió el 17 de agosto de 1575 (AGI, Patronato 20 Ramo 16, 1575: Memorial del licenciado Juan de Ibarra). Lo interesante es constatar que después de la muerte del gobernador, todo en Chiametla parece haber seguido funcionando como si él estuviera allí; sus haciendas, verdadero corazón de la provincia, simplemente pasaron a manos de sus herederos, albaceas y mayordomos, y continuaron con su vida normal: hasta las cuentas del mercurio seguían apareciendo a nombre del conquistador, diez años después de su muerte.<sup>5</sup> Perdida casi toda huella documental sobre Chiametla, poco sabemos de otros aspectos de la vida cotidiana en ella. Hasta el momento no hemos encontrado referencia alguna acerca de haciendas o actividades agrícolas de parte de los españoles, y sí algunas, en cambio, acerca del abasto de los pueblos de indios hacia las haciendas mineras; Ibarra, por ejemplo, en su testamento le recomienda a Pedro de Unzueta, su heredero en Pánuco, que:

... envíe a persona que asista [en la hacienda] y que en el tiempo que estuviere en ella gasta en su beneficio y avío de maíz, el maíz y pescado y otros bastimentos que él tiene de los tributos de su pueblo de Chiametla y sus sujetos y se haga pago de el valor de todo ello al precio común que en el dicho real de minas valiere

a el tiempo que los diere ... (AGI, Guadalajara 35: 1575, Testamento de Francisco de Ibarra).

En efecto, Chiametla, el antiguo pueblo de indios, y sus sujetos, pertenecían en encomienda a los Ibarra, quienes desde allí enviaban bastimentos para las haciendas de minas. Durante todo este periodo, este pueblo siguió siendo asiento de indios, y no fue sino hasta mucho más tarde que los españoles fundaron una villa en ese lugar. Dos eran los principales tributos aportados por este pueblo, el primero era el pescado, que se recogía en gran cantidad en los esteros y desembocaduras de los ríos, y el segundo era la sal marina que cuajaba en las marismas y se cosechaba anualmente en el mes de febrero. Ambos productos se obtenían en tales cantidades que se distribuían después por toda la Nueva Vizcaya, la Nueva Galicia, e incluso la Nueva España (Archivo Histórico de Durango, Microfilm Biblioteca University of Texas, El Paso, 492-35, 1586: Libranza a Antonio Contreras para la cosecha de la sal. Acerca de los métodos de pesca en Chiametla: Alonso de la Mota y Escobar 1602: 43-44). Muy pronto parece haberse desarrollado un tipo de sociedad bastante peculiar, donde el grupo español se dedicaba esencialmente a dirigir los trabajos mineros, dejando a los indios la mayor parte del abasto y el laboreo de las minas. Se sabe, por ejemplo, que al igual que españoles de diferentes regiones, llegaron hasta la provincia indios de servicio desde la Nueva España, en particular de Michoacán (AGI, Guadalajara 35: 1575, Testamento de Francisco de Ibarra).

#### *La época de oro de Chiametla*

La sociedad española local no era pequeña; aunque no existen cifras demográficas, se pueden tomar algunos indicadores al respecto. Para 1582, por ejemplo, tenemos registrados 84 mineros en la provincia, y 105 en 1584, es decir, que ése era, como mínimo, el número de sus vecinos. Este dato no incluye, desde luego, ni a las familias de éstos, ni a vecinos no mineros: mercaderes, oficiales reales, sirvientes, guardaminas, capataces, carboneros, etc. Dadas las características de su poblamiento, la concentración de vecinos mineros debe haber sido muy alta en esta sociedad; hemos registrado 14 mercaderes en Chiametla para el periodo 1582-1585, y todos ellos eran al mismo tiempo mineros. Pero incluso suponiendo que no hubiera otros vecinos que los mineros (lo cual sabemos es falso), la cifra de

105 vecinos no es baja, comparada, por ejemplo, con las de Zacatecas, donde se decía que había 300 vecinos en 1572 y 500 españoles en total en 1582 (Salvador Alvarez 1990: 113). Este crecimiento se ve reflejado en la actitud de las autoridades de la época. En 1574, por ejemplo, el oidor Lope de Miranda informaba que Chiametla era la provincia más rica de la Nueva Vizcaya (AGI, México 99, Ramo 6: 1574, Lope de Miranda a Juan de Ovando). Dos años después, en 1576, se acordó comenzar a enviarles mercurio a los mineros de Chiametla, "por ser una de las provincias más ricas de la Nueva España" (AGI, México 278, Dic. de 1576: Testimonio del acuerdo con Fernando de Balbuena para que proveyese azogue a las minas de Chiametla) y en 1578, se compele a los mineros a llevar su plata a quintar a Durango (AGI, Guadalajara 6, 1578: Cartas y expedientes vistos en el Consejo de Indias). Finalmente, en 1579, ante los informes del doctor Orozco, indicando que la producción de plata en Chiametla continúa al alza, y que sus minas son las más ricas de la Nueva Vizcaya, termina por autorizarse la instalación de una caja real en la Villa de San Sebastián (AGI, Guadalajara 6, 1578: Cartas y expedientes vistos en el Consejo de Indias y AGI, Indiferente General 416, 1579: Título de contador de la caja real de Chiametla a Alonso Calderón), misma que inicia operaciones un año después.

En 1580, se acuerda a los mineros de la provincia, sólo pagar el diezmo y no el quinto en oro, plata y perlas (AGI, Indiferente General 739, 1580: Merced a los mineros de Chiametla pago del diezmo en vez del quinto en oro plata y perlas por ocho años), y en 1581 ó 1582, nuevamente se vieron beneficiados cuando se les acordó que pagaran únicamente el veinteno, como aparece en las cuentas de mineros. Este es el inicio de lo que podríamos llamar la "época de oro de Chiametla". Durante los cinco años siguientes, la producción minera alcanza volúmenes bastante respetables. Por mala fortuna, no disponemos de cifras completas de la producción global registrada en la caja de Chiametla, a partir de su fundación; tanto los libros del ordinario de la plata, como los sumarios anuales de esta caja, siguen, hasta la fecha, perdidos. Con lo que si contamos, en cambio, es con los pagos por venta de mercurio o azogue, en las diferentes haciendas de la provincia, para el periodo 1582-1587. Sabemos, por estas mismas cuentas, que el precio oficial del mercurio para Chiametla había bajado de 136 (Antonio García Abasolo 1983: 106), a 116 pesos por quintal, en ese momento. Aunque los minerales en Chiametla tenían

fama de ser muy ricos, a falta de otras referencias, hemos intentado acercarnos a la producción minera de Chiametla, a partir de la plata de azogue, suponiendo un rendimiento de 100 marcos por quintal, que era lo usual en esa época para los minerales de baja ley (AGI, Guadalajara 841, 1574: Libro común de la caja de Zacatecas; AGI, Contaduría 925, 1599-1600: Cuentas de la caja real de Durango); cada marco valía ocho pesos y un tomín, es decir 8.125 pesos. Aunque se trata de un cálculo necesariamente conservador, los resultados muestran cifras de producción bastante elevadas (números redondos):

Año	Pagado	Quintales	Marcos	Pesos
1582	12 969	112	11 200	91 000
1583	925	58	5 800	47 125
1584	25 546	220	22 000	178 750
1585	26 494	228	22 800	185 250
1586	17 417	105	10 500	85 312
1587	170	1	100	812

**Plata de amalgama en Chiametla: 1582-1587**

Esta es tan sólo la plata de mercurio; en un lugar alejado como Chiametla, es muy posible que la plata de fundición fuera, cuando menos, tan importante como la de azogue, por lo que estas cifras deberían multiplicarse, como mínimo, por dos. Si esto fuera así, la plata extraída en 1585, año en que se alcanza el máximo de producción, pudo haber alcanzado los 45 000 marcos. Recordemos, a título de comparación, que ese mismo año, que fue también uno de los mejores para Zacatecas, la producción registrada en aquel real alcanzó los 134 343 marcos (P.J. Bakewell 1976: 330). Es decir, que en el momento de mayor auge registrado, Chiametla producía, conservadoramente, un tercio de lo que se extraía en las célebres minas de Zacatecas: no es de extrañar que tuviera fama de gran riqueza aquella provincia. Este auge minero, no fue circunstancial, ni se creó de la noche a la mañana; al momento en que la producción platera alcanza su cenit, en 1585, aquellas haciendas de minas llevaban ya casi veinte años funcionando: el lapso de una generación. Durante esos cuatro lustros se desarrolló necesariamente un bien aceitado y eficiente sistema de abasto de mano de obra e insumos para las minas: trabajadores de planta para las grandes haciendas, repartimiento para los pequeños trabajos mineros, alimentos para la población española en general. Todo sustentado, como hemos visto, en la mano de obra local. Desafortunadamente no es posible reconstruir este sistema de abasto, ya que no hay cuentas de funcionamiento interno

de haciendas y la documentación sobre encomiendas es muy escasa. Por un privilegio dado a Francisco de Ibarra por el rey, los indios de la Nueva Vizcaya estaban exentos de tributos reales (José Ignacio Gallegos 1982: 117), de modo que tampoco existen ni matrículas, ni tasaciones, ni relaciones de encomenderos, ni mandamientos para repartimiento. Ningún fraile ni viajero nos dejó relación alguna de sus recuerdos del lugar: es una vida cotidiana perdida.

Pero no debemos tampoco imaginar que la vida en Chiametla fue necesariamente muy diferente, mientras hubo paz, de la que se llevaba por esa misma época en reales como los de Taxco o Sultepec, en pleno centro del virreinato; lugares donde los españoles vivían en medio de una relativa abundancia de mano de obra, aunque alejados de los grandes centros de población del virreinato. Al igual que en aquéllos, una característica interesante de Chiametla, es que con todo y la gran producción minera, y el aumento de la población española, nunca se creó en esta provincia una verdadera aglomeración urbana de dimensiones respetables; el único lugar que llevó el nombre de villa fue San Sebastián, y todo indica que la mayor parte de su población vivía en las haciendas de los Ibarra. En realidad, la mayor diferencia que existió entre Chiametla y sus émulos de la Nueva España o la Nueva Galicia era que la sociedad indígena que la rodeaba, de alguna manera era más frágil que la de la Nueva España. La violenta crisis, crisis de muerte, que alcanzó a Chiametla justo en su mejor momento, es una demostración más que elocuente de lo anterior.

El de 1585, fue, como el de 1529, un año clave en la historia de la provincia. Aunque la calma había reinado en Chiametla por lustros, la completa paz nunca existió en realidad. Además de los indios de las encomiendas, gente relativamente pacífica, habitantes de los pueblos de las zonas bajas y de los contrafuertes de la Sierra Madre, había en la jurisdicción de Chiametla otras fuentes de mano de obra posible para las haciendas: los indios insumisos de las montañas. Durante la segunda mitad del siglo XVI, en todo el norte, la captura de indios de guerra para someterlos a servicios personales (esclavitud), se había convertido en una de las principales fuentes de mano de obra para los poblados españoles (Chantal Cramaussel 1990: 38-42). En 1573, el oidor Lope de Miranda acusaba a Francisco de Ibarra de haber convertido a la provincia de Chiametla en centro de aprovisionamiento de esclavos para otras regiones (AGI, México 70, Ramo 1, 1573: Lope de Miranda

a Felipe II Antonio García Abasolo, 1983: 355): es muy posible que la acusación tuviera fundamento. En 1577, llegó hasta el norte el famoso cocoliztle que afectó gran parte de la Nueva España y de la Nueva Galicia; se sabe que el mal se difundió también por toda la Nueva Vizcaya (Chantal Cramaussel 1990: 41) y que fue motivo de mortandades y turbulencias guerreras en las zonas altas de la provincia (Chantal Cramaussel 1991: 28). Sin embargo, es interesante constatar que, en Chiametla, a diferencia de todas las zonas aledañas, esta violenta enfermedad no pareció mermar demasiado la vida minera. Mientras levantamientos de gran violencia se verificaban en la Nueva Vizcaya, y que en la vecina Nueva Galicia, se hablaba de que la mitad de los indios había desaparecido (AGI, Guadalajara 6, 1570: Cartas y expedientes vistos en el Consejo de Indias, expediente de 1570), Chiametla se encaminaba hacia su época de oro. Incluso Orozco en su informe de 1578, donde hablaba de la riqueza de Chiametla, no hace mención alguna de la epidemia.

Pero la realidad es que la epidemia sí llegó a afectar a la provincia. Durante el año de la pestilencia, los mineros de Zacatecas y otras regiones, solicitaban el envío de indios de otras regiones para reemplazar a los muertos, y hay indicios de que Chiametla estuvo entre estas regiones exportadoras de mano de obra (AGI, Guadalajara 6, 1570: Cartas y expedientes vistos en el Consejo de Indias, expediente de 1570). Cada día más poblada de mineros, cada día extrayendo más plata, es muy posible que las presiones sobre la sociedad indígena se hayan incrementado; sin duda los nuevos mineros, que no habían alcanzado encomiendas, subsanaban sus necesidades en mano de obra recurriendo a los indios de las montañas, en especial de aquellos que se encontraban sobre el camino a Durango, sobre el curso del río Presidio. De hecho, ya para 1580 varios pueblos de indios de esa región se encontraban en pie de guerra y asediaban a los caminantes (AGI, Guadalajara 6, 1580: Pinedo a Felipe II, Antonio García Abasolo, 1983: 366). Los años 1580-1585 fueron de una gran violencia en todo el norte, una violencia descrita (Phillip W. Powell 1975: 179-185), no explicada todavía, pero cuyos testimonios documentales nos muestran que fue una época de despoblamiento, así fuere temporal, para numerosos asentamientos españoles por todo el altiplano central, de Zacatecas hasta Santa Bárbara (Chantal Cramaussel 1990: 43-50; Charles Foin 1972: 128-138). Chiametla parecía seguir siendo una isla en un mar de tanta violencia.

Pero era sólo una apariencia, pues la violencia ya estaba allí. A los levantamientos de 1580, siguieron otros que asolaron la vecina provincia de Culiacán en 1583; de hecho, esta nueva asonada afectó también a Chiametla, como lo demuestra el hecho de que Diego de Ibarra, a la sazón gobernador de la Nueva Vizcaya, haya echado mano de varios capitanes y mineros de la provincia para aplastar a los rebeldes: Juan López Quijada, Gonzalo Martín y Pedro de Montoya (J. Lloyd Mecham 1927: 185). Si en semejante entorno, la población y la extracción de plata seguían creciendo, era simplemente porque en Chiametla había la cantidad suficiente de hombres de armas e indios aliados, como para resistir: en eso consistía su diferencia con el resto de la Nueva Vizcaya y de la Nueva Galicia. Para comprender lo anterior, un análisis de cómo estaba distribuida la población de mineros en cuatro de los cinco pueblos de la provincia entre 1582 y 1587 (datos incompletos para 1583), nos ayudará a comprender lo que sucedió.<sup>6</sup>

Año	S. Sebastián	Cacalotlán	Charcas	Copala	Total
1582	29	16	10	29	84
1583	9	5	6	9	29
1584	29	17	23	36	105
1585	32	18	7	46	103
1586	29	2	5	37	73
1587		3	6	4	13

Mineros registrados en la provincia de Chiametla: 1582-1587.

Desafortunadamente éstos son los únicos datos cuantitativos de población razonablemente fiables de que disponemos; el cuadro es muy incompleto, pues sólo nos presenta, en realidad, algo así como la parte final de una película, aquella en que la tragedia llega cuando todo parece ir mejor: eso es un poco lo que sucedió en Chiametla. Si hacemos una comparación entre este cuadro, y el de la producción minera, nos daremos cuenta de que el punto máximo de la producción minera, llegó justo después de que la población española hubiera alcanzado también su punto culminante (siempre utilizando como guía a los mineros): de 85 mineros en 1582, se pasa a 104 en 1584, y la producción alcanza los 22 000 marcos de plata de amalgama. Pero, continuando con el cuadro, vemos cómo, en realidad, algo ya andaba mal entre 1582 y 1584, pues si bien las cifras de esos años nos dan una imagen de gran equilibrio (todos los pueblos eran de tamaño semejante), a partir de allí, el tal equilibrio desaparece. En 1585, si bien la cifra total se mantiene estable, vemos cómo San

Sebastián y Copala crecen a costa de Cacalotlán y Charcas; en 1586, cuando el total comienza a descender, esta tendencia se agudiza también. La razón es muy simple: son los mineros de Cacalotlán y Charcas quienes acuden a refugiarse en las haciendas de los Ibarra, las más antiguas, las más grandes, las mejor pobladas. Como decía Ruy Pérez Cabezas, escribano de Chiametla en 1586: "fui a la Villa de San Sebastián para estar más seguro" (AGI, Guadalajara 35, 1587: Información de testigos sobre la guerra con los indios de Chiametla).

El gran secreto de Ibarra y de todos los grandes capitanes de su género, es el haber actuado siempre como jefe de hueste, tanto en tiempos de paz como en tiempos de guerra. Los viejos vínculos que unían a Ibarra con su gente, nunca se disolvieron a su muerte; los antiguos soldados que siguieron trabajando toda su vida en las mismas haciendas, incorporaron a ellas también los indios de sus propias encomiendas. En el momento en que las tensiones se volvieron más graves, casi todos, antiguos y nuevos, se replegaron hacia las haciendas más grandes; hasta Hernando de Trejo abandonó Charcas para pasar sus últimos años en San Sebastián peleando contra los indios. Hacia finales de 1585, todo explotó, la provincia entera se vio envuelta en una guerra que involucraba por igual tanto a los indios de paz de la costa, como a los indómitos de la sierra. A principios de 1586, la mayoría de los indios del pueblo de Chiametla desertaron y no hubo quien recogiera la sal; las autoridades decidieron llevar indios de Piaxtla para la cosecha (Archivo Histórico de Durango, Microfilms Biblioteca University of Texas, El Paso, 492-35, 1586: Libranzas para la cosecha de la sal). Poco después, la guerra se generaliza; los indios queman casas en Pánuco y Copala y Hernando de Trejo muere, en compañía de su hijo Juan López de Quezada, a manos de sus propios indios encomendados de los pueblos de San Bartolomé y San Pablo Cobasca (AGI, Guadalajara 35, 1587: Información de testigos sobre la guerra con los indios de Chiametla). Era uno de los últimos jefes de la Conquista que quedaba: mala señal. Después murieron también Juan López Quijada, Alonso Sánchez y otros 40 pobladores. Al poco tiempo, los indios atacaron San Sebastián y Cacalotlán, donde se dice que mataron a más de 100 españoles (AGI, Guadalajara 6, 1588: Cartas y expedientes vistos en el Consejo de Indias). Los españoles, recordando viejos tiempos, recurrieron a intérpretes nahuatlats para conferenciar con los rebeldes, pero son ignorados (AGI, Guadalajara 35, 1587: Información

de testigos sobre la guerra con los indios de Chiametla) y el año termina con la provincia devastada. En 1587, las cosas van por peores caminos, se hacen llegar contingentes de soldados de Guadalajara, San Andrés, Durango y otros lugares de la gobernación, pero, aunque los caminos son pacificados y la producción minera parece reanudarse, los ataques continúan. Bernardo de Balbuena pierde su hacienda con todo y negros e indios en Cacalotlán y al poco tiempo comienza la captura masiva de esclavos: Alonso Calderón, Bartolomé Hernández y Martín de Zavala, todos vecinos de Chiametla, regresan con indios en collera (AGI, Guadalajara 35, 1587: Información de testigos sobre la guerra con los indios de Chiametla), pero ya ni eso detendría los eventos. En septiembre los indios asaltan de nuevo San Sebastián y matan a 30 españoles más, y otros tantos mueren en el resto de la provincia. En 1588 ya sólo quedaban 10 vecinos en San Sebastián, y la villa estaba a punto de ser abandonada; la minería estaba paralizada, y la caja real fue retirada a Durango (AGI, Guadalajara 6, 1588, Cartas y expedientes vistos en el Consejo de Indias). Un año más tarde, todo había terminado.

#### Epílogo: las costas vacías

Por segunda vez en 60 años, Chiametla se había convertido en un cementerio, y por segunda vez los españoles abandonaban la costa para asentarse en la montaña y el altiplano. Durante cuatro lustros, Chiametla fue el verdadero corazón de la Nueva Vizcaya; con todo y sus supuestas desventajas climáticas y orográficas, la región costera había llegado a ser la más poblada y la mayor productora de plata de todo el norte de la Nueva España, excepto Zacatecas. Sin embargo, la Chiametla de 1565 a 1585, no se explica si se olvida cómo era esa misma región cuando Nuño de Guzmán y los suyos la vieron por primera vez. El infausto final que tuvo aquella segunda provincia de Chiametla, no deja de tener paralelos con los eventos de 1529, bien podría decirse, incluso, que fue una secuela a largo plazo de lo que entonces sucedió. En Chiametla se resumen dos grandes ciclos de la expansión española hacia el norte en el siglo XVI. La costa del Pacífico fue la primera gran frontera en el norte, la del primer contacto, que fue ciertamente brutal, devastador, pero de corta duración. Después del primer colapso en la década de 1530, la población española se repliega hacia las zonas altas: es la época de Zacatecas. El relativo

aislamiento en que vivió Chiametla durante las dos décadas siguientes, permitió que su destino fuera un tanto diferente al de zonas cercanas como Compostela o Purificación, que parecen haber permanecido casi vacías a partir de entonces. Como puede apreciarse en el mapa anexo, durante la segunda mitad del XVI, el ciclo se repite. Mejor poblada y abastecida que la mayor parte de las regiones del altiplano, la renacida Chiametla de nuevo se convirtió en el principal centro de atracción de la población española en el norte. Fue así que Chiametla crecía, mientras que el resto de las fundaciones contemporáneas a ella en el altiplano, sufrían una larga época de estrecheces y penurias por falta del elemento esencial en ese contexto: gente (Chantal Cramaussel 1990: 33-50). Más que el simple hecho de haber llegado a ser la segunda en tamaño después de Zacatecas, lo verdaderamente esencial del fenómeno que representó Chiametla, consiste en que fue la más grande y vital de todas las zonas de poblamiento que se fundaron en el septentrion durante la segunda mitad del siglo XVI: Zacatecas, en realidad, terminó promoviendo el repoblamiento de la costa del Pacífico, mucho más que el de nuevas regiones en el altiplano septentrional.

Durante la segunda conquista de Chiametla, si bien la convivencia entre indios y europeos resultó menos devastadora, el final fue muy parecido. La guerra de 1585-1588, fue algo más que un simple "levantamiento", fue más bien algo semejante a lo que sucedió en 1529: los españoles fueron, ciertamente, expulsados de allí, pero la Chiametla indígena no se recuperó jamás de ese golpe. Después de la guerra, tanto los antiguos asentamientos españoles, como los pueblos de indios, se vaciaron literalmente. Muy pocos vecinos españoles se animaron a quedarse. Hacia 1590, se fundaron las minas de Espíritu Santo de Los Papudos, se reabrieron las de Cacalotlán y más tarde las de Pánuco y Materoy (AGI, Guadalajara 28, 1591: Rodrigo del Río al rey) pero ya nunca fue lo mismo. Los Papudos permanecieron casi desiertos, y Cacalotlán se convirtió en asiento de tres capitanes de guerra que colocaron gente allí: Alonso Díaz, Iñigo Ortiz de Ibarra y Antonio Ortiz de Calahorra, los tres muy cercanos a Ibarra y al entonces gobernador Rodrigo del Río. Sin embargo, la producción minera en ambos reales fue casi nula durante este periodo. En realidad, el grueso de la población de la Nueva Vizcaya, se estaba desplazando en ese momento hacia dos nuevos reales de minas enclavados en las barrancas de la Sierra Madre: Topia y San Andrés. En Topia

encontramos a un grupo de antiguos mineros y gente de guerra de Chiametla, transformados en mineros importantes. Durante la década de 1590 Topia se convirtió en el real más importante de la Nueva Vizcaya por su volumen de producción: en 1597 se registraron 10 311; y 14 594 marcos de plata en 1598, época de su máximo apogeo. San Andrés también alcanzó alguna notoriedad e importancia, pero en menor grado que Topia (Biblioteca Nacional de Antropología e Historia. Microfilms, Serie Durango, Rollo 15, 1590-1597: Cuentas de la Caja de Durango). La historia posterior de ambos reales fue una versión en pequeño de la de Chiametla: después de un corto auge, ambos fueron literalmente destruidos durante las rebeliones de Acaxes y Xiximes de 1601, 1604 y 1605.

A principios del siglo XVII, ya la vieja historia de las costas del Pacífico norte tocaba a su fin. Al igual que las costas, también las barrancas de los grandes ríos de la sierra fueron virtualmente abandonadas por los europeos, en provecho de Todos Santos y Guanaceví que se comenzaron a poblar en 1586 y 1587, respectivamente (Chantal Cramaussel 1990: 45 nota 135 y 47 nota 144), justamente en la época de la destrucción de Chiametla. Durante la primera década del siglo, Guanaceví se convirtió en el principal centro minero de la Nueva Vizcaya (Salvador Alvarez 1990: 130), mientras que la población de Durango, de Cuencamé y de la provincia de Santa Bárbara comenzó a incrementarse notablemente: el nuevo ciclo de desplazamiento hacia el altiplano se había completado (véase mapa en la página 6).

La antigua Chiametla quedó prácticamente vacía, ya nunca regresaron sus días de gloria. En 1601, Francisco de Urdiñola proponía que se buscara gente en las serranías aleñañas, para asentarla en San Sebastián y colocarla bajo la custodia de un convento franciscano (AGI, Guadalajara 67 núm. 13, 1601: Francisco de Urdiñola al rey). El proyecto nunca se llevó a cabo, pero en 1603 comenzó a funcionar formalmente un presidio militar en San Sebastián. De alguna manera, con la construcción del presidio se abrió otra época en el poblamiento colonial de la costa. El nuevo establecimiento se convirtió en poco tiempo en el centro de la vida social en la provincia. Lo mismo sucedió en Topia, cuyo presidio inició operaciones en 1603, así como en San Andrés y San Hipólito. Copala experimentó un cierto resurgimiento minero a finales de la década de 1630, y hacia 1650, Los Papudos, con el nuevo nombre de San Martín de Los Papudos, comenzaron entonces a ser explotados de nuevo, mientras que Charcas sólo se

reabría en forma en la segunda mitad del siglo. Al viejo pueblo de indios de Chiametla, por su parte, sólo le quedaban, en 1602, 40 vecinos indios y 10 españoles que se dedicaban a tratar y comerciar pescado, ostras y perlas (Alonso de la Mota y Escobar 1602: 43-44). Durante mucho tiempo, todavía, la pesca y la recolección de sal, seguirían siendo sus mejores granjerías.

Ante las secuelas y los vacíos de población que las guerras de finales del siglo pasado habían dejado, el presidio San Sebastián era el principal centro de actividad, y su capitán el hombre fuerte y la máxima autoridad allí. Por regla general, los capitanes presidiales ostentaban al mismo tiempo el título de alcalde mayor de sus jurisdicciones (éste era el caso del de San Sebastián), de modo que reunían en sus manos la autoridad militar y la justicia civil. El recuerdo de las guerras del pasado, hizo que el presidio permaneciera en el lugar por muy largo tiempo, si bien las acciones de guerra fueron pocas después de 1620 (Luis Navarro García 1967: 236-240) no fue sino hasta 1686 cuando la Nueva Vizcaya dejó de sostenerlo (AGI, Contaduría 928: 1686-1688: Cuentas de la caja real de Durango). Pero, mientras tanto, bien sabían como emplear su poder estos capitanes durante los largos y aburridos periodos de paz. Eran ellos quienes cobraban los haberes de los soldados, les adelantaban bienes, introducían mercancías, y pronto se dedicaron a la minería, lo mismo que sus soldados. En 1632, después de la fundación de las minas de Parral, encontramos a varios soldados de San Sebastián probando suerte en aquel nuevo real (Salvador Alvarez 1990: 133), no sabemos si enviados por su propio capitán. En realidad, de todo hacían los soldados presidiales: eran mineros, arrieros, y pescadores al servicio de sus capitanes, quienes, como justicias civiles que eran, gobernaban también sobre los civiles blancos, las castas, y los indios. Era más un pequeño señorío que un verdadero puesto militar lo que detentaban estos capitanes. Nicolás de Barrera nos relata, en 1645, cómo en Chiametla, los capitanes se habían hecho a la vida civil, y a las granjerías de la mar. No había allí ni torreones, ni baluartes, ni cuerpos de guarda o posta, ni caja, ni bandera, ni señal alguna de milicia:

... si alguna se oye ... es tocar a rebato la campana de la iglesia a que sale el capitán, soldados y gran multitud de indios a embestir a la costa como si en ella estuviese toda Holanda, siendo el fin de dicho rebato y movimiento la pesca de camarones de que tiene el

capitán grandes provechos ... (Aviso de Nicolás de Barreda 1645, en: Chantal Cramaussel, en prensa).

Así transcurría la vida en Chiametla pasados sus auges y decadencias. Durante el siglo XVII, la población de toda esta parte de la costa experimentó un crecimiento lento, pero sostenido; no obstante, habría que esperar hasta el último tercio del siglo para que surgiera una nueva bonanza minera en Rosario. Con el transcurso de los años, los pueblos de indios vivieron una lenta recuperación, y aunque nunca volvieron a ser muy numerosos, ya a finales de la centuria, competían por las tierras con los pueblos, haciendas y ranchos de mestizos y españoles (Salvador Alvarez 1991: 147-153). De la vieja Chiametla, sólo quedó un vago recuerdo.

## Notas

1 Utilizamos aquí los términos "Xalisco", "Tepique" y "Chiametla", en lugar de "Jalisco", "Tepic" y "Chametla" para evitar confundirlos con los actuales toponímicos. En el caso de Chiametla, este es el nombre que se utilizó para designar a esta región a todo lo largo del periodo colonial; el término actual "Chametla", es sin lugar a dudas una simplificación del toponímico antiguo.

2 Se refiere a la Villa de San Sebastián, llamada también "Villa de Chiametla": no confundir con el pueblo de indios de Chiametla.

3 Las referencias y datos acerca de la vida en Chiametla después de su reconquista son muy escasos. Tras una historia llena de vicisitudes, la mayor parte de la documentación acerca de esta provincia en el siglo XVI, está hoy perdida. Por fortuna, hemos localizado en los microfilms de la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia, los libros del ordinario de las cuentas de pagos de azogue de la Caja Real de Chiametla, para el periodo 1580-1587: Biblioteca Nacional de Antropología e Historia, Microfilms Serie Durango, Rollo 15: Cuentas de la Caja Real de Chiametla. Hemos complementado esta información con otras cuentas sueltas de azogue y veintenos para el mismo lugar y periodo, tomadas de: Archivo del Gobierno del Estado de Durango, cajón 1: Cuentas de la Caja Real de Chiametla. Abigarradas y difíciles de procesar, estas fuentes son, sin embargo, sumamente ricas; aparece allí la mayor parte de las haciendas, con sus dueños y mineros asociados y sus pagos por veinteno y azogue. Hemos hecho primeramente un seguimiento de 177 de los 193 diferentes mineros mencionados en esta fuente, y localizado, además, en fuentes alternativas de la época, datos adicionales acerca de la biografía de 54 de esos mineros. Con todo este material, hemos elaborado una pequeña prosopografía, basada sobre todo en datos acerca de lugar de procedencia, tiempo de permanencia y lugar de destino cuando dejan la provincia de Chiametla estos personajes. Por fortuna para nosotros, en este grupo de 54 mineros, se encuentra la totalidad de los dueños de haciendas de minas que se mencionan en la fuente, lo cual ha facilitado el trabajo de interpretación. Aunque, por razones de espacio, no es el propósito de este trabajo hacer una presentación sistemática de estos

datos, la mayor parte de los que se presentan a continuación derivan de estas fuentes, por lo que hemos decidido no sobrecargar el texto, citándolas a cada momento: únicamente se citan las fuentes complementarias.

4 En su sentido restringido, se llamaba Nueva Vizcaya a las tierras del altiplano pertenecientes a la gobernación del mismo nombre, por oposición a las tierras bajas de Chiametla.

5 Ibarra declaró en su testamento poseer "tres ingenios de agua" en la provincia, sin dar mayores detalles al respecto; creemos que se refería a las tres haciendas que aparecen como de su propiedad en las cuentas: la de Pánuco, donde murió; la de San Sebastián; y la de Copala. En apariencia, la hacienda de Pánuco era la más importante en la época del deceso; sin embargo, para principios de los años ochenta, cuando comienzan las cuentas que utilizamos para este trabajo, sin duda Pánuco atravesaba por un mal momento, pues había muy pocos mineros allí. La hacienda fue heredada por su primo Pedro de Unzueta Ibarra, mientras que el resto de sus bienes pasaron a manos de Martín Ibáñez de Ibarra y Juan de Ibarra, sus hermanos. Su tío Diego de Ibarra, Martín López de Ibarra, su primo, y su viejo colaborador, Hernando de Trejo, quedaron como albaceas de esos bienes; cinco años después, encontramos las haciendas de Ibarra administradas por su mayordomo Domingo de Arzona, en pleno funcionamiento, sin duda bajo la vigilancia de Diego de Ibarra y Martín López de Ibarra.

6 Hemos excluido al pueblo de Pánuco dado que en éste sólo aparece la hacienda, ya citada de Juan de Heredia, con cuatro mineros asociados únicamente; ignoramos qué tan grande pudo ser su población de indios o trabajadores de cualquier tipo.

## Bibliografía

- Alvarez, Salvador 1990 - Minería y poblamiento en el norte de la Nueva España en los siglos XVI y XVII: los casos de Zacatecas y Parral. *Actas del Primer congreso de historia regional comparada*: 105-137. UACJ, Ciudad Juárez.
- 1991 - Tendencias regionales de la propiedad territorial en el norte de la Nueva España: siglos XVII-XVIII. *Actas del Segundo congreso de historia regional comparada*: 141-179. UACJ, Ciudad Juárez.
- Colección de documentos inéditos del archivo de Indias* 1860 - vol. 16., Madrid.
- Cramaussel, Chantal 1990 - *La provincia de Santa Bárbara en Nueva Vizcaya (1563-1631)*. UACJ, Ciudad Juárez.
- 1991 - *Diego Pérez de Luján: el cazador de esclavos*. Meridiano 107 - UACJ - Gobierno del Estado de Chihuahua, Ciudad Juárez.
- En prensa - De la utilidad de misiones y presidios en la Nueva Vizcaya; el aviso de Nicolás de Barreda de 1645.
- Foin, Charles 1972 - Rodrigo de Río de Losa: 1536-1606. *Memorias de la Academia de la Historia Potosina*. San Luis Potosí.
- Gallegos, José Ignacio 1982 - *Historia de Durango (1563-1910)*. BANAMEX, Durango.
- García Abasolo, Antonio F. 1983 - *Martín Enríquez y la reforma de 1568 en la Nueva España*. Publicaciones de la Diputación Provincial de Sevilla, Sevilla.
- Gerhard, Peter 1982 - *The North Frontier of New Spain*. Princeton U.P., Princeton.
- Hackett, Charles 1923-1937 - *Historical Documents Relating to New Mexico, Nueva Vizcaya and Approaches to 1777*. Carnegie Institution, Washington.

## Chiametla: una provincia olvidada del siglo XVI

- López Portillo y Weber, José 1935 - *La conquista de la Nueva Galicia*. SEP, México.
- Mecham, J. Lloyd 1927 - *Francisco de Ibarra and Nueva Vizcaya*. Greenwood Press, Nueva York.
- Mota y Escobar, Alonso de la 1966 - *Descripción geográfica de los reinos de Nueva Galicia, Nueva Vizcaya y Nuevo León (1602)*. Instituto Jalisciense de Antropología e Historia, Guadalajara.
- Navarro García, Luis 1967 - *Sonora y Sinaloa en el siglo XVII*. Publicaciones de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos, Sevilla.
- Obregón, Baltasar de 1986 - *Historia de los descubrimientos antiguos y modernos de la Nueva España (1584)*. Ediciones del Gobierno del Estado de Chihuahua, Chihuahua.

- Porras Muñoz, Guillermo 1968 - Diego de Ibarra y la Nueva España. *Estudios de historia novohispana* II: 48-78.
- 1980 - *Iglesia y estado en Nueva Vizcaya (1562-1821)*. UNAM, México.
- Powell, Phillip W. 1975 - *La guerra chichimeca (1550-1600)*. Fondo de Cultura Económica, México.
- Puga, Vasco de (ed.) 1945 - Provisiones, cédulas e instrucciones para el gobierno de la Nueva España. *Cultura Hispánica, Colección Incunables Americanos*, vol. III, Madrid.
- Razo Zaragoza, José Luis (comp.) 1963 - *Crónicas de la conquista de la Nueva Galicia en territorio de la Nueva España*. H. Ayuntamiento de la ciudad de Guadalajara - Instituto Jalisciense de Antropología e Historia, Guadalajara.
- Saravia, Atanasio G. 1978 - *Apuntes para la historia de la Nueva Vizcaya*, vol. 1. UNAM, México.

### GUATEMALA

Michel Bertrand:  
**Terre et société coloniale.**  
1987, 332 páginas, ISSN 378-5726

Jean Piel et al.:  
**Poder y sociedades locales en los Altos de Guatemala.**  
1989, 136 páginas

Jean Piel:  
**Sajcabajá: muerte y resurrección de un pueblo de Guatemala, 1500-1970.**  
1989, 400 páginas, ISBN 968-6029-02-8

### JALISCO

Thomas Calvo:  
**La Nueva Galicia en los siglos XVI y XVII.**  
1989, 208 páginas, ISBN 968-6142-04-5

### COLIMA

Hubert Cochet:  
**Historia agraria del municipio de Coquimatlán.**  
1988, 208 páginas

### BAJA CALIFORNIA

Juan Manuel Romero Gil:  
**Un pueblo que se negó a morir, 1885-1954.**  
Santa Rosalía, Baja California Sur.  
1991, 436 páginas, ISBN 968-6569-16-2